

¿PROGRESO O INVOLUCIÓN DE LA ECONOMÍA MEXICANA?

David Ibarra
31 de mayo de 2002

La economía mexicana sigue siendo presa de oscilaciones que le han impedido afianzar un ritmo sostenido de crecimiento en más de veinte años. Los recesos, depresiones o crisis de 1982, 1987, 1994 y 2001 han nulificado el mejoramiento del bienestar de la mayoría de la población, a juzgar por un ingreso per cápita estancado durante esas dos décadas y una distribución del ingreso crecientemente desigual.

Al iniciar la reforma económica se pensaba que la liberación económica suprimiría muchos obstáculos al progreso nacional y a la erradicación de la marginalidad de amplios contingentes de la mano de obra. También se abrigaba la ilusión de que la inversión extranjera vendría a suplir con creces las limitantes asociadas a la estrechez de los ahorros y la tecnología nacionales. Los productores vernáculos abastecidos por insumos mejorados y baratos del exterior, rápidamente ganarían la eficiencia necesaria para abordar los mercados externos y retener los internos. Del mismo modo, se tenía fe en que la supresión de fronteras haría surgir ventajas comparativas sólidas, base de una inserción dinámica en el comercio internacional que relegaría al pasado las angustias del estrangulamiento crónico de la balanza de pagos.

En los hechos, ese cúmulo de esperanzas han resultado en alto grado fallidas, aunque pudiesen cobrar realidad en un futuro distante. Por lo pronto, en 2001, la economía nacional cae en otro bache del que después de año y medio todavía no parece recuperarse. El producto se redujo 0.3%, el ingreso por habitante alrededor del 2%, la inversión 7.4%, las importaciones 2.9% y las ventas al exterior 5.1%. Las autoridades, con el optimismo habitual ven la recuperación a la vuelta de la esquina, confían se produzca en el tercer o a más tardar, para el cuarto trimestre del presente año.

Lo cierto es que estamos inmersos en un receso que se atribuye a la contracción de la demanda estadounidense. Sin duda hay en ello un ingrediente de verdad. Sin

embargo, la transferencia de responsabilidades a hechos fortuitos o exógenos fuera de nuestro control no nos exculpa por entero. Algo falla en el camino elegido al desarrollo que afecta menos o no afecta a otros países del Tercer Mundo sujetos al mismo proceso de globalización y al mismo receso del comercio mundial. En veinte años, 1980-2000, el tamaño de la economía mexicana apenas creció 50% frente a 600% de China, alrededor de 200% en Tailandia, Corea, Chile y Vietnam, 140% en India y 100% en Estados Unidos. Se ha perdido el paso frente a otras naciones en desarrollo, mientras la brecha de la pobreza relativa con el mundo industrializado continúa ensanchándose.

Visto a corto plazo el mismo fenómeno está presente. Corea después de su crisis de 1998 muestra una recuperación más sólida y rápida que México (10.9% y 8.8% de crecimiento en 1999 y 2000, respectivamente). Lo mismo se puede afirmar de Taiwan, en tanto que el ritmo de avance de China, India o Vietnam ha sido poco afectado (debido a causas diversas) por la caída del intercambio mundial.

De modo curioso hay ausencia de políticas contracíclicas, compensadoras de la depresión —monetarias, de gasto gubernamental, impositivas— semejantes a las estadounidenses, cuando las finanzas nacionales están equilibradas, la inflación va a la baja y el mercado laboral se debilita. Más aún, el manejo macroeconómico ha tendido a profundizar, en vez de aliviar, la depresión, mediante el uso de “cortos” monetarios y recortes presupuestarios repetitivos. En rigor, no se trata de ignorancia o ceguera de los funcionarios públicos, las verdaderas causas son de balanza de pagos y de imprevisión acumulada por años.

Si se examinan componentes importantes de la economía mexicana se llega a la conclusión de que se está tornando cada vez más vulnerable, frágil, menos propicia al desarrollo sostenido. El déficit de la cuenta corriente de la balanza de pagos se ha mantenido alrededor de 18 mil millones de dólares anuales en el bienio 2000-2001, pese a que el crecimiento de la economía se desplomó del 6.9% a cifras negativas. El remedio

de la política contraccionista —reducir el crecimiento para abatir el déficit externo— parece estar perdiendo efectividad o requerir dosis recesionistas extraordinarias.

Es claro que la dependencia de las importaciones se ha acrecentado desproporcionadamente, poniendo en riesgo la posibilidad misma de una recuperación plena que no provoque crisis externa de pagos. Así lo prueba la balanza de ventas y compras de bienes o servicios en el exterior que subió, en vez de bajar con el receso, de 10 mil a 13 mil millones de dólares entre 2000 y 2001. Ciertamente que aquí jugó la baja en los precios del petróleo pero, en sentido opuesto, está la reducción de las tasas de interés de la deuda externa.

En depresiones previas, la economía mexicana tenía la fuerza de generar superávits comerciales. Ahí están los cuantiosos excedentes del período 1982-1989. Hoy, en cambio, el mecanismo de ajuste ya no descansa en la capacidad productiva interna, estimulada por la corrección de la sobrevaluación cambiaria, sino en la captación de fondos destinados principalmente a la extranjerización de empresas nacionales y, como se dijo, en una política restrictiva del crecimiento de la economía para comprimir importaciones.

Visto el mismo problema desde otra perspectiva, se observa nítidamente el rezago cada día más grave del sector manufacturero. En 1990, las importaciones de manufacturas ascendían al 51% del producto manufacturero; pero diez años después ya representaban el 149%. Es decir, de no darse el desplazamiento de productores mexicanos por extranjeros —esto es, suponiendo constante el alto coeficiente de compras externas de 1990— el tamaño del sector manufacturero nacional habría sido casi 70% mayor al alcanzado, la tasa de crecimiento del producto manufacturero más del doble y el ahorro en divisas ascendería a casi 700 millones de dólares sólo en el año 2000. Ese es el precio a pagar por haber hecho buena aquella frase de “que la mejor política industrial es no tener ninguna”, cuando las necesidades de reconversión y ayuda a nuestros

productores y empresas fueron y seguirán siendo mayúsculas ante la liberación externa de mercados.

Qué se acrecienten dramáticamente las importaciones de productos manufacturados sería admisible, si la tasa de crecimiento de la economía fuese considerablemente mayor a la histórica. Pero ocurre precisamente lo contrario. Entre 1980 y 2000 el ritmo de expansión del producto se redujo 65% con respecto al período 1950-1980 y en las manufacturas la caída fue semejante.

Más aún, entre 1998 y 2001, el producto creció al 3.3% en promedio anual. Las importaciones de bienes lo hicieron a un ritmo tres veces superior (10.3% por año).ⁱ Dentro de estas últimas el elemento más dinámico estuvo constituido por las compras foráneas de bienes de consumo que se expandieron a la espectacular tasa anual del 21% hasta casi igualar a las adquisiciones esenciales de bienes de capital. De su lado, las compras de bienes intermedios y de inversión crecieron al respetable ritmo del 9% por año. Estas pocas cifras constatan el desmantelamiento progresivo de las capacidades productivas de la industria nacional y, con ello, la dependencia ascendente de los abastos externos.

En más de un sentido, la debilidad del sector productivo se asocia a la debacle bancaria, no resuelta, una de cuyas manifestaciones es la de producir una astringencia crediticia sin paralelo. El monto conjunto de los préstamos otorgados por la banca comercial y la de desarrollo han caído 68% en términos reales entre diciembre de 1995 y febrero de 2002. El crédito de la banca se derrumbó del 90% del producto a fines de 1995 al 28% en febrero de 2002 (el coeficiente estadounidense alcanza cerca del 200%). Más aún, el crédito al sector productivo privado cayó todavía más, como lo demuestra el que su participación en los recursos canalizados por la banca comercial hubiesen descendido del 91% al 76% en dicho período.

La pequeña y mediana industria, que no puede recurrir a los mercados externos, corporativos ni a otros instrumentos de financiamiento, viene quedando literalmente

excluida del mercado formal del crédito. Ello dificulta enormemente el desarrollo manufacturero, la consolidación de vinculaciones del sector externo y la formación de conglomerados dinámicos compuestos por empresas de distinto tamaño. A mayor abundamiento, los diferenciales de las tasas de interés que los bancos cobran a los prestatarios y las que pagan a los ahorradores siguen siendo unos de los más altos en el mundo.ⁱⁱ

Al igual que en la política económica contracíclica, hay inhibición en instrumentar medidas que ayuden a sectores productivos en riesgo de desaparecer o que cuiden de las grandes empresas nacionales. Así, yendo en contra de la postura del Poder Legislativo se desmantelan las medidas defensivas de la fructuosa importada; se quiere privatizar abierta o disimuladamente a la Comisión Federal de Electricidad y a Pemex; se busca vender por separado a las dos principales empresas aéreas mexicanas; se declara y penaliza como empresa dominante a Telmex. En los dos últimos casos, las autoridades regulatorias mexicanas centran la calificación de “dominancia” exclusivamente en la participación en el mercado nacional, cuando esas empresas compiten en una arena mucho más amplia, frente a enormes gigantes transnacionales.

Muy distinta parece ser la postura estadounidense en la defensa de los intereses de sus empresas que va mucho más allá de invocar las salvaguardas de los convenios internacionales. Recuérdense las recientes medidas de protección a la industria siderúrgica estadounidense, la ampliación —que no supresión— de los subsidios agrícolas o la aprobación de facultades al poder legislativo para modificar los acuerdos internacionales de comercio que sean considerados lesivos a la industria estadounidense.

De manera irremediable, los hechos anteriores tienen repercusión en el esfuerzo inversor y en el persistente deterioro del mercado de trabajo. En 2001, la inversión bruta fija se tornó negativa, después de haber crecido más del 11% en el año previo. El empleo se contrajo como lo sugiere la caída de casi 400,000 trabajadores registrados en el Instituto Mexicano del Seguro Social. Según diversas fuentes, la ocupación del sector manufacturero se redujo en un medio millón de personas y en 7% el empleo de las

maquiladoras. La desocupación abierta sumada a los grupos que trabajan menos de 35 horas a la semana, ascienden al 19% de la fuerza laboral. Por consiguiente, al paso que crece la población activa del sector informal, se reduce la productividad general del trabajo.ⁱⁱⁱ

No todo nos es adverso, en sentido positivo, la inflación se redujo de 9.0% al 4.4% entre 2000 y 2001, el salario mínimo real creció 0.5% y el de las manufacturas 6% —después de dos décadas de deterioro—, el déficit fiscal bajó del 1.5% a 1.0% del producto, las tasas de interés se redujeron y el tipo de cambio se revaluó en términos nominales de 9.46 a 9.34 por dólar.

El balance de logros y retrocesos económicos del año anterior parece claro, aunque siempre pueden empañarse la evaluación de sus consecuencias y la asignación de responsabilidades aduciendo hechos fuera del control nacional o la presencia de fuerzas políticas difíciles de conciliar.

ⁱ Las exportaciones de bienes también crecieron con rapidez, pero a ritmos menores (7.5% anual).

ⁱⁱ Véanse los datos de la sección financiera de El Universal del 28 de mayo de 2002.

ⁱⁱⁱ En el período 1950-1982 el producto manufacturero se expandió al 8% anual y de ahí al año 2001 sólo al 3%. La productividad en los primeros años subió al 3.5% por año y el empleo a más del 4% contraste con las cifras del siguiente que apenas alcanzan el 2.3% y el 1%, respectivamente.